

Bolero de la soledad.

La madrugada y el alcohol me llevaron hasta un mugriento bar de las afueras.

Pedí otra copa de ron mientras una voz ronca y cansada desgranaba

Me cansé de rogarle;

con el llanto en los ojos

alcé mi copa y brindé por ella;

no podía despreciarme.

Era el último brindis

de un bohemio por una reina.

Los mariachis callaron.

.....

Cuando terminó la canción, la invité a mi mesa.

Había pocos clientes. Normal a esas horas de la madrugada.

La invité con un gesto. Con otro llamé al camarero. Ella no abrió la boca, se limitó a asentir con la cabeza. El camarero la entendió y al momento un vaso con líquido ámbar oscilaba entre sus manos.

No hablamos. Cada uno bebía sumido en sus pensamientos.

Cuando se vaciaban los vasos hacía de nuevo un gesto y el camarero volvía a rellenar nuestros vasos.

Cuando casi ni me tenía en pié, me levanté y me marché. Ella aguantaba más que yo.

Tenía unos ojos oscuros y un cabello rojizo, quizás teñido. "El color de la menopausia" había oído decir, porque todas las mujeres maduras acababan en amplia mayoría con ese color de pelo. Le quedaba bien. Sus rasgos dejaban adivinar un atractivo antiguo. Las ojeras moradas hablaban de largas noches sin sueño.

Salí a la calle. La ciudad despertaba lentamente. Algunos transeuntes me cedían el paso.

Llegué, por inercia, hasta mi casa. Dormí hasta las cinco de la tarde.

Cuando desperté tenía dolor de cabeza, como siempre, desde hacía meses, y un regusto agrio en la boca.

Me duché y me vestí. Lo dejé todo tirado por el suelo. Ya lo recogería Adelina, que venía una vez por semana y me arreglaba el cubil.

Estaba de vacaciones. De vacaciones o en el paro, no estaba seguro. Desde que Marta me abandonó, en la empresa de informática que habíamos montado Carlos y yo, solo

aparecía de vez en cuando, y mi socio me sugirió que me tomara unas vacaciones o lo dejara todo, que conmigo no se podía contar en esas condiciones.

Así que llevo varios meses en un pozo de tristeza y alcohol a cual más hondo.

Varios días después estaba otra vez por aquellas madrugadas. Reconocí el bar y la voz, que ahora cantaba.

*Arrastré por este mundo
la vergüenza de haber sido
y el dolor de ya no ser.
Bajo el ala del sombrero
cuantas veces, embozada,
una lágrima asomada
yo no pude contener...
Si crucé por los caminos
como un paria que el destino
se empeñó en deshacer;*

Me acerqué adonde ella estaba y cantamos a dúo la continuación:

*si fui flojo, si fui ciego,
sólo quiero que hoy comprendan
el valor que representa
el coraje de querer.*

Al acabar nos miramos un momento, nos reconocimos y un aleteo de sonrisa asomó a nuestros labios.

Me senté a una mesa y pedí un doble de ron varadero.

Después de otra canción, la mujer se acercó, se sentó y colocó en la mesa su vaso ambarino.

No dijimos una palabra. Bebimos en silencio también esta vez. Una hora y otra.

De tanto en tanto, se levantaba y subía al entarimado a cantar otra canción. Luego volvía a mi mesa, bebía sin mirarme y a veces alguna lágrima rodaba de improviso sobre sus mejillas.

Me acostumbré a su voz, a sus tangos, milongas y rancheras, a su sonrisa triste, a sus silencios. Y desde entonces cada noche, ya como una rutina, aparecía al filo de la madrugada y me quedaba bebiendo con ella hasta el amanecer.

Las rutinas tienen horario. El cuerpo se acostumbró a la bebida y a la noche.

Mis manos encontraron poco a poco calor entre las suyas.

Nuestra tristeza se hizo una sola.

Un día llegué más temprano de lo habitual. Y todavía sereno.

Allí estaba ella.

Desmadejada sobre una silla, su pelo rojizo desparramado sobre la mesa y un hilillo de sangre que caía goteando bajo la mesa.

El bar estaba solo. Grité y la zarandeeé. Cogí el móvil y llamé a una ambulancia.

Tardaron diez minutos en llegar. Subí con ellos y la acompañé al hospital.

Durante dos días cabalgó con la muerte mientras yo le canturreaba al oído

*Quisiera quererte,
con toda mi alma,
hacer en tus brazos,
mi nido de amor,
quisiera quererte,
con todas mis ansias,
y abrirte la puerta,
de mi corazón.*

Cuando la pasaron a una habitación compartida seguí visitándola.

Sus ojeras se habían difuminado bastante. Había adelgazado más si cabe y los ojos parecían más grandes.

La saludaba al llegar. Ella me contestaba al saludo y después callaba.

Yo, que desde pequeño tocaba la armónica, gracias a mi abuelo, comenzaba a insinuar un tango o una ranchera triste y, ella al minuto con su voz roca comenzaba a cantarlo muy bajito, y al final siempre acabábamos a dúo.

La clínica me sacó de los bares de la madrugada.

Volví a mi trabajo. Mi socio, con una paciencia de santo, había esperado mi recuperación.

Por las tardes, en el hospital ya nos esperaban. Éramos famosos. Hasta médicos y enfermeras acudían a la habitación para oírnos.

Cuando le dieron el alta la acompañé a su casa, un pequeño apartamento de cincuenta metros cuadrados.

La besé por primera vez y ella me respondió con dulzura.

En silencio comencé a acariciarla. Mi pelirroja se dejaba hacer. En un momento determinado me cogió de la mano y me llevó a su cama. Nos amamos tiernamente, como dos adolescentes, con miedo a dañarnos los recuerdos.

Dormimos hasta el anochecer.

-Vamos, me dijo.

-Sí, vamos.

Nos duchamos y nos vestimos.

Salimos al aire fresco de la noche. Caminando llegamos al bar.

El camarero nos saludó con una leve inclinación de cabeza y nos puso en la barra las dos bebidas habituales. Ron oscuro para mí, whisky ambarino para ella

Apenas abra la noche,

-le susurré al oído-

voy a desprender del cielo,

la estrella que más alumbra,

para colgarla en tu pelo.

Fue nuestra despedida de la sombra densa de la soledad.

Rafi Bonet